

LA LIBERTAD INTERIOR

A la memoria de G. Marcel

Oscar E. Mas Herrera

El término *libertad* no había alcanzado nunca una popularidad tan universal como la que logró a partir de la Carta de los Derechos Humanos, fruto de los Estados Generales que precipitaron la Revolución Francesa. Desde entonces para acá se proclama la libertad en todas las constituciones, se la predica en todos los encuentros de humanistas y se nos enseña, con fundada razón, que es uno de los derechos absolutos del hombre, a la par del derecho a la vida y al trabajo. "Todo hombre es libre en la República; no puede ser esclavo el que se halle bajo la protección de sus leyes", reza el artículo 20 de nuestra actual Constitución Política, y conceptos similares pueden encontrarse prácticamente en todos los textos jurídicos fundamentales. El problema de la libertad no radica pues en que las legislaciones la establezcan, porque hace tiempo que lo hacen, —aunque bien sabemos, por otra parte, la vigencia real que tienen semejantes precripciones en un continente como el nuestro, donde la división de clases entre explotados y explotadores tornan la libertad política imposible a la mayoría de nuestro pueblo. Sin embargo, no es a esa libertad política a la que quisiera referirme en este ensayo, aunque no ignoro la vigencia del tema y aunque no sea yo mismo ajeno a las luchas libertarias. El tema de que me voy a ocupar —la libertad interior—, sin ser enteramente de otra índole, tiene, empero, otros matices, más sutiles sin duda por más metafísicos.

Probablemente si el hombre tuviese sólo una dimensión social, el problema de la libertad sería fundamentalmente de orden jurídico. Recuerdo haber visto a este propósito, en una revista, la fotografía de un parto con esta leyenda al pie: "Nace un ciudadano". En efecto, si lo único que ocurre cada vez que una mujer da a luz, es la venida al mundo de un ciudadano, es decir, de un individuo totalmente encasillado en coordenadas político-sociales, cuyo ser se agota íntegramente en el mundo de las relaciones interpersonales de tipo legal, el único presupuesto de la libertad, estaría constituido por una legislación sabia y justa, que garantizara el máximo de derechos con el mínimo de obligaciones. Así nuestro "ciudadano" podría decirse libre en la medida en que un apartado exterior a él, poderoso y eficaz, le garantiza su posibilidad de acción dentro de unos límites muy amplios. "Yo puedo ir y venir, puedo investigar, puedo vender y comprar, puedo ocuparme de la cosa pública, en consecuencia, soy libre". El *homo oeconomicus* de la escuela liberal estaría aquí enteramente realizado.

Desde un horizonte similar, cabría enfocar la libertad como un problema propio del *tener*, que conduciría a una concepción tan cuantificable como la anterior, que podríamos denominar "la libertad del mercader". Su naturaleza podría enunciarse aproximadamente así: un hombre es libre en la medida en que tiene poder, —poder de decisión sobre sí y sobre otros. El poder es un correlato de la fuerza y la fuerza de

la riqueza. En consecuencia, la libertad es un producto de la opulencia; el rico es libre y el pobre no lo es.

Habría incluso otra forma de analizar la libertad que por diferente que pareciera de las anteriores, en el fondo se sitúa en la misma línea de las ya examinadas. Pretendería que las cadenas que ahorrajan al hombre son de tipo móvido; que las neurosis y las demás enfermedades psíquicas son los obstáculos principales de la libertad humana. Un hombre es libre en la medida en que su psiquismo está exento de taras y barreras; el camino de la libertad pasa, en consecuencia, por la psicoterapia.

Entre la psicoterapia y el afán de acumular riqueza como vehículos de libertad, se diría que no hay relación en absoluto. Me parece, sin embargo, que en ambos casos se parte de un presupuesto común: que la libertad humana es un problema, y como tal, susceptible de ser enteramente agotado y comprendido, para encontrar las fórmulas más eficaces que permitan su realización. Así entendida, la libertad es de naturaleza cuantitativa e incluso —y esto es lo más grave— resulta un atributo natural de la persona humana, atributo que por razones político-sociales o psíquicas, puede verse obstaculizado, caso en el cual la solución consistirá en remover los obstáculos para que la libertad, que está allí, entre en vigencia sin más, —de la misma manera que removiendo el herrumbre aparece el brillo del hierro. La libertad es pues, algo dado, y si en algún caso no aparece, es porque está oculta e imposibilitada para su natural manifestación.

Quizás podríamos ir aún más hondo y descubrir el presupuesto metafísico que informa toda esta posición, que me parece ser el de considerar al hombre simplemente como un problema. Esta tesis podría enunciarse aproximadamente así: el ser y el quehacer del hombre presentan interrogantes y obstáculos, por un lado, en tanto que temas de reflexión (campo especulativo), y por otro, en tanto que posibilidades de acción (campo ético), pero con la ayuda de las ciencias del hombre, las incógnitas irán paulatinamente despejándose y el conocimiento integral de la persona humana, por difícil y lejano que parezca, será una meta progresivamente conquistable. Esta tesis, al constituirse en el sustrato de la especulación sobre la libertad, nos la reduce consecuentemente a la categoría de problemas, pues es fácil comprender que el hombre es meramente una incógnita a despejar, la libertad humana será sujeto de solución en el mismo orden que otros problemas, como la ignorancia o la miseria. Si la incógnita del hombre es dilucidable, la de su libertad lo será también, ya que si puedo responder a la pregunta de quién soy, sin duda podré responder a la de qué puedo.

Ahora bien, en la medida en que me considero y considero a los demás como algo infinitamente más complejo que un problema, y conceptúo al hombre como un misterio, el tema de la libertad, al tiempo que pierde en precisión adquiere al punto la categoría de lo entrañablemente escondido, cuya búsqueda y logro lo compromete todo. La libertad no nos será más una idea clara y distinta, (como sí puede serlo para el Derecho, la Ciencia Política o la Psiquiatría), sino que sus contornos aparecerán borrosos, pero, ¿pudo alguna vez encerrarse en ideas claras y distintas algún motivo entrañablemente humano? El amor, la esperanza, la libertad o la sabiduría, son algunos de esos temas límite, de los que no se puede hablar tan claramente como lo exigiría Wittgenstein, pero fuera de los cuales ninguna vida humana tiene sentido y sobre los cuales, o se nos permite balbucear alguna cosa —si es que hablar no se puede— o nos condenamos al suicidio intelectual.

Yo creo con Unamuno que "la filosofía se acuesta más a la poesía que no a la ciencia"; que un poeta con frecuencia intuye en su alma de niño verdades más hondas que las que alcanza el investigador positivo, condenado por su método a no poder intuir. Cuando Rubén Darío capta a lo vivo *lo fatal* de la condición humana en aquellos versos donde se rebela contra el destino de

“sufrir por la vida y por la sombra y por lo que no conocemos y apenas sospechamos, y la carne que tienta con sus frescos racimos y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos, ¡y no saber adónde vamos, ni de dónde venimos...!

pareciera que puso el dedo en la llaga del misterio del hombre, y por ende en el de su libertad. Si el *qué puedo* está en función del *qué soy*, y este último es dolorosamente esquivo, mi libertad quedará necesariamente matizada por la aventura de mi ser de hombre, al punto de confundirse con él.

¿Qué podrá, entonces, querer decir “soy libre”, o incluso “quiero ser libre”, si mi propia vida, en su dimensión más radical, me escapa de las manos, resistiéndose a revelarme las razones más hondas de su *qué* y de su *para qué*?

Evidentemente, poniendo así las cosas, nos encontramos en un *impasse* general de todo el quehacer humano: si tan arcaica nos es la vida, una de dos: o hacemos caso omiso de la metafísica que tan problemática nos torna la existencia y seguimos viviendo el sin sentido como si tal cosa, o prestamos atención a la metafísica y los aniquilamos interiormente, puesto que jamás tendríamos razones suficientes para hacer una opción, ignorantes como somos del “para dónde vamos y de adónde venimos” del poeta...

Cabría también una posible solución fuera de esa alternativa, y es la de correr el riesgo de aceptar la vida con todo y su misterio, convivir con él e incluso hacer vida del misterio humano. Y en el fondo, ¿no es verdad que todo hombre de vida interior hace lo propio? ¿Quién se conoció jamás a cabalidad? El dolor de la incertidumbre —del yo y del tú—, ¿no fue más bien un incentivo para las vidas heroicas, para los amores sublimes? Puestas así las cosas, quizás podríamos intentar decir algo —balbucear— sobre el misterio de la libertad, de la libertad interior, de esa que no pueden suprimir los tiranos ni puede establecerse en textos legales, de la libertad del sabio, de la del hombre interior.

Situados en este nivel que asume el misterio, quizás lo primero que cabría decirse es que el hombre libre *no tiene libertad*, porque la idea de posesión es extraña a la naturaleza de la libertad. En efecto, no se posee la libertad en la misma medida en que se tienen unos dineros o unas tierras. Los dineros y las tierras están allí, no varían, son sujeto de contratación; si deposito unos valores en el banco, allí los tengo, y aunque no me ocupe de ellos durante años, al cabo los recuperaré intactos. La libertad es de otra índole: es un proyecto a realizar que supone conquista. No se nace libre como tampoco se nace sabio. El fruto madura en las ramas del árbol por simples procesos biológicos; la capacidad de libertad, que es al hombre lo que la madurez al fruto, exige una actitud reflexiva, constante y prolongada. Si se me pidiera tratar de definir lo que entiendo a esta altura del discurso por libertad, diría que es *la conquista reflexiva y progresiva del propio yo para ponerlo al servicio de una causa o de un ser digno de tal don*. Pero quizás tenga que volver sobre este esbozo de definición.

A primera vista todo esto parece contradictorio; ¿quién más libre, diríase, que el que no carga con el fardo de una obligación? Sin duda también podría añadirse: la libertad, en la medida en que es conquista, es decir, trabajo y dificultad, se niega a sí misma; la libertad debería situarse en el mundo de lo espontáneo, lo anárquico, lo dado. Sin embargo, insisto en que la independencia de un hombre sólo se consigue si se busca, y sólo se consume —¡oh paradoja!— en el acto de entrega en aras de una causa superior.

El misterio de la libertad pareciera pues contener dos aspectos: uno de conquista de sí y otro de holocausto. Ambos aspectos exigen una actitud reflexiva, pero, —he aquí el problema— exigen antes que todo, una conciencia reflexiva lo suficien-

temente humilde como para aceptar, como punto de partida, que jamás agotará por vía de razón, ni el propio yo, ni el tú, ni la comprensión del holocausto. Por eso justamente hablo del misterio de la libertad.

Si el niño naciera libre, sin duda podría hablarse de *tener libertad* como de cualquier otra cosa del mundo de lo inventariable. Pero el caso es que la conquista a la que me refiero supone la obra de una vida y es un trabajo lento; si no se nace libre, al menos deberíamos tratar de morir libres. El propio trabajo de conquista ni siquiera puede considerarse como algo uniformemente progresivo, como sería, por ejemplo, la talla y pulimento de una piedra preciosa. En efecto, el artista que paulatinamente va tallando una piedra, tiene ante sus ojos, objetivamente, los pasos dados con anterioridad y que allí quedan. La piedra es mansa, y la faceta que han logrado sacarle, la conserva, sin volver a su primitivo, estado uniforme. No pareciera ser éste el caso del hombre, que continuamente tiende a rebelarse contra sí mismo y a deshacer lo andado, aunque lo tuviera por un triunfo. La conquista de la libertad interior es por tanto, un tejer y un destejer, y como un nadar contra corriente.

Convendría que nos detuviésemos un poco en este último concepto, que me parece importante: *nadar contra corriente*, como imagen evocadora de la conquista de la libertad. Primero dije que nadie nacía libre, que si alguien quería serlo sólo lo conseguiría merced a la conquista del yo. Ahora añado que la libertad sólo se alcanza al precio de una violencia. Por lisonjera que suene la palabra libertad y por atractivo que parezca el ser libre, el caso es que todo el interior de un hombre se revela cuando alguien se lanza esperanzado a la conquista de sí mismo. Nuestro héroe descubrirá bien pronto que es más cómodo no ser libre, es decir, permanecer sujeto al juego de las opiniones, al vaivén del momento, a la superficialidad de una vida frívola, a la ausencia de metas. Someter todo esto a disciplina y dotar la vida de sentido, requiere ascesis y fidelidad a sí mismo. El proyecto libertador es definitivamente austero. "Me gustaría ser libre como un pájaro" —suele oírse decir. La dificultad radica en que el pájaro, fuera de una jaula, es libre sin más, sin esfuerzo, por don gratuito, y el hombre que quisiera ser libre con la libertad impremeditada y espontánea del ave, equivocaría el camino, pensando que la libertad le es dada, cuando es fruto de conquista. Porque no es algo que se tenga o que se llegue a tener, sino un modo de vida, una actitud, un tonus, que pide al mismo tiempo renuncia de sí y fidelidad al propio yo.

Renuncia de sí y fidelidad al propio yo es otro concepto sin duda altamente paradójico: o se renuncia a sí mismo o se es fiel, pero no las dos cosas a la vez. Sin embargo, lo anterior se aclarará echando mano al segundo de los aspectos que señale como constitutivos de la libertad interior: el de consagrarse a una causa superior. Veamos cómo.

Un hombre sólo consigue animar su vida plenamente cuando es un hombre de ideales, de decir, cuando se ha fijado metas que den sentido a su existencia. Aquí el término clave es la palabra *sentido*; en efecto, una vida humana que no sea *vectorial* no tiene razón de ser vivida. Dios, sin duda, en la contemplación y el amor de su infinita perfección, agota íntegramente su ser. Pero este no es el caso del hombre, que necesita trascenderse, esto es, tender hacia algo exterior a él, con lo cual estar en comunicación. Un hombre encerrado consigo mismo forma el más lamentable paquete. Del sentido que le demos a nuestra vida depende todo el resto.

Decía que la libertad exigía un algo exterior con lo cual entrar en comunicación, pero quizás la palabra *comunicación* no sea la más feliz. Como no siempre conlleva el sentido de compromiso, la mera comunicación no parece garantizar la libertad interior. *Comunión*, en cambio, que significa realización en común, vida a dos, unión existencial, es sin duda más acertada. La persona humana sólo puede desasirse de las cadenas de su individualismo egoísta —que constituyen la suprema

esclavitud— en la medida en que se da por el amor y la buena voluntad; así la libertad es correlato del servicio, por aquello de que *dando es como se recibe*. En otras palabras, la libertad interior de un *yo* requiere un *tú*. Un *tú* personal y amoroso, una vida a dos, un compromiso de inteligencias y voluntades, una meta común. Sin el marco referencial de un *tú*, el hombre se vuelve paquete, amarrado a sus caprichos y egoísmos, y definitivamente no libre. En consecuencia, para quien postula un *Tú* supremo, la libertad interior deberá necesariamente pasar por la religación con ese *Tú*.

Por otra parte, no cabe entenderse la conquista del *yo* como una etapa rigurosamente previa a la entrega, como si fuera indispensable que en la biografía de un hombre la libertad se diese en dos etapas cronológicamente distintas y consecutivas. Parte del misterio de la libertad radica justamente en la inextricable relación que existe entre el conquistarse y el ponerse al servicio de una causa, al punto de que podría decirse que más es uno mismo cuanto más se da, y que mejor puede darse cuanto más es uno mismo. “Dando es como se recibe”, antes que una norma moral o que un consejo virtuoso, es un principio metafísico profundo, que apunta al corazón del misterio que tenemos entre manos, el de la libertad interior, libertad que como se ha dicho, sólo se consume en y por la entrega, de manera que el grado más excelso de libertad corresponderá a quien menos tenga porque todo lo ha entregado...

La libertad, menester es repetirlo, no es obra de un día, sino el fruto de una vida. No se nace libre, sino que se va adquiriendo la libertad en la medida en que la conquista del propio *yo* permite ponerlo al servicio de una causa común, alta y noble. Sin duda por esto hablé de *fidelidad* un poco más arriba, porque una empresa común, sostenida año tras año, requiere perseverancia con las metas que se fijaron, y amplitud para ir las cambiando y mejorando según los fines de la espiritualidad. Esta voluntad de continuar en la brecha, por muchas que sean las tentaciones de abandonar un proyecto que pudo tornarse gravoso, es lo que denominaremos fidelidad.

Por esto cabe decir que la libertad no se tiene; que se genera día a día en la brega por la fidelidad a sí mismo, al *tú* y a las metas comunes. Por esto puede definírsela como un proyecto, como un quehacer cotidiano, nunca acabado porque siempre incompleto.

La libertad interior es del orden de lo íntimo y personalísimo. Pertenece al secreto del *yo*: *yo* que me conquisto y establezco comunión conmigo mismo y con el prójimo al fundar metas comunes; *yo* que permanezco fiel a mis principios en mi interioridad, aunque esté siempre dispuesto a modificarlos y eventualmente a cambiarlos en aras de una forma de ser más auténtica. Libertad íntima y personal que apenas se deja describir, tan secreta es.

Tradicionalmente solía definirse la libertad como *immunitas a vinculo*, es decir como no sujeción a cadenas. No dudo de la verdad encerrada en la vieja fórmula latina, especialmente si por ese *vinculo* se entiende la sujeción a los desórdenes del *yo*, pero estimo que la libertad, más que *al respecto de*, es libertad *para*; es decir, que es la meta lo que configura y ennoblece el acto libre. Un hombre que pudiese hacer muchas cosas pero que no se compromete en nada, sería ciertamente menos libre que uno con menos talentos o posibilidades, pero que día a día va sembrando su pequeño surco. Un poco atrás había definido provisionalmente la libertad como “la conquista reflexiva y progresiva del propio *yo* para ponerlo al servicio de una causa o de un ser digno de tal don”. Habría que agregar tal vez a ese intento de definición, un elemento al que sin duda ya se hizo alusión anteriormente, pero que merecería un poco más de cuidado. Dije, en efecto, que la libertad pertenece al orden de lo *entrañablemente humano*; en otras palabras, al de lo íntimo, de lo públicamente íntimo, —y perdonad lo poco técnico de mi vocabulario. Hablar, de su propia libertad, es para cualquier hombre interior, tanto como develar su intimidad, puesto que sus opciones, en la medida en que realmente sea un hombre interior, están transidas por la paz del recogimiento.

Del recogimiento, que es lo propio del hombre interior; del recogimiento donde el hombre, replegado en sí, y en comunión con el tú, decide dar a su vida un rumbo definido. Libertad interior y recogimiento corren parejas, porque sólo en la paz de un hombre tornado a su interior, el yo entrega algo de su secreto y se vuelve dócil; el barullo exterior e interior son una invitación a la opción precipitada, irreflexiva, desordenada y superficial; sólo la paz del recogimiento garantiza una opción libre, por lo que la libertad interior es cliente asidua del silencio.

Diréis quizás que embrollo demasiado el tema, a fuerza de añadir elementos: conquista del yo; comunión con el tú; sentido en la vida; recogimiento e intimidad... Sí, tal vez es cierto. Pero ya lo había advertido al comienzo: considero la libertad interior un misterio contra el cual se arremeterá en vano con conceptos claros y distintos. Dije que era un proyecto, y como tal, más que para hablar, está para vivirse, por lo que no es sino en el bregar cotidiano del hombre interior donde la libertad dará sus frutos y el misterio del hombre se hará vivible y tolerable.